

INSTITUT UNIVERSITARI D'ESTUDIS EUROPEUS

Obs

Observatori de Política Exterior Europea



Working Paper n. 44
Abril de 2003

España ante la opinión pública de los Estados Unidos: ¿del aislamiento y la indiferencia a la influencia y la fascinación?

Joaquín Roy

Catedrático 'Jean Monnet' y director del Centro de la Unión Europea de la Universidad de Miami

Universitat Autònoma de Barcelona
Edifici E-1
08193 Bellaterra
Barcelona (España)

Introducción

La inmensa mayoría de los estadounidenses no ha prestado apenas atención al decidido apoyo del gobierno español a la política de los Estados Unidos frente a Irak. La persistente presencia del nombre del presidente del gobierno español en los despachos de prensa y en los telediarios, y la mención del status de España como miembro del Consejo de Seguridad de la ONU, contrastaron con la carencia de profundidad de comentarios al respecto, apenas paliada por un número reducido de entrevistas. Esta práctica unanimidad antes de la apertura de las hostilidades, se vio confirmada con mayor contundencia cuando comenzó la guerra, al constatarse la carencia de medios militares con los que España pudiera respaldar su apoyo político.

A la espera de lo que en su momento digan los especialistas académicos (por otra parte también ausentes en los urgentes análisis de los 'think-tanks' norteamericanos), el vacío de análisis sobre la estrategia española, sus riesgos, o sus posibles beneficios, es, por lo tanto, clamoroso. De momento, tampoco se puede detectar una actitud crítica (como tenuemente puede constatarse en ciertos medios europeos) hacia las motivaciones españolas en los medios de comunicación norteamericanos que se han mostrado opuestos, con editoriales o con comentarios individuales, a la estrategia del presidente Bush.¹ Por otra parte, la atención de la opinión pública parece estar más obsesionada por lo que se interpreta como despecho francés que por la contribución española. Puestos a elegir, se puede prever que los comentaristas pro Bush elegirían castigar a Francia que premiar a España.

I. Los síntomas

Este alarmante diagnóstico no debiera ser sorprendente si se tienen dos fenómenos esenciales que no deben sufrir modificaciones substanciales por la evolución de la guerra y sus circunstancias y consecuencias. En primer lugar, hay que tener en cuenta la autocomplacencia de la opinión pública norteamericana y su tradicional ensimismamiento, a no ser que su atención sea capturada por algún hecho que incida fundamentalmente en su cotidianidad y fibra social fundamental. En segundo lugar, la carencia de comentarios acerca de España es la confirmación y consecuencia de otro fenómeno persistente y endémico: la ausencia de una imagen española (ni buena ni mala) en los Estados Unidos, más allá del estereotipo folclórico, como han estado demostrando durante varias décadas diversas encuestas y estudios. Pero la carencia de comentarios es ahora la otra cara de la moneda de la constante mención de España en el dúo crucial del apoyo a Bush. Aznar ha competido, sobretodo antes del comienzo de la guerra, con Blair y el tandem Chirac/Villepin en el protagonismo europeo, y ha superado con creces a Berlusconi y Schroeder, *missing* de la atención de los medios de comunicación, a pesar de su apoyo y oposición a la acción de los Estados Unidos, respectivamente.

Además, desde el ángulo mediático, todavía resulta más intrigante este fenómeno. El activismo de Aznar no solamente contrasta con el expuesto por una parte de los líderes importantes de los estados más poderosos de Europa. Desde el punto de vista estrictamente informativo, la actitud del gobierno español es tan noticia como que "un hombre muerda a un perro", como reza el código de las escuelas de periodismo. En lugar de la decidida apuesta de Aznar, se podría haber esperado, por ejemplo, que España hubiera decidido arroparse en los mecanismos multilaterales, al tiempo que reservara cautelosamente su apoyo hacia los Estados Unidos, aduciendo, como tradicionalmente resulta comprensible, carencia de recursos militares propios o compromisos en el contexto europeo. En suma, para los norteamericanos, cuando se les pregunta sobre el fenómeno, o se sienten impelidos por improbable propia iniciativa, lo insólito del protagonismo español sorprende por lo novedoso en sí mismo. Pero,

¹ Como ejemplo, no hay contrapartidas de la tendencia de la prensa europea abiertamente en contra de la política norteamericana que menciona las motivaciones de Aznar. Véase este conciso comentario de The Independent: <http://news.independent.co.uk/europe/story.jsp?story=387256>

paradójicamente, esta novedad no ha tenido apenas impacto. Habrá, por lo tanto, que indagar por las causas y sus posibles consecuencias.

II. Las causas del respaldo español

Las reducidas muestras de exploración mediática norteamericana acerca de la actitud del presidente Aznar permiten detectar los atisbos acerca de los diversos perfiles del interés de la opinión pública. Incluidos en la entrevista de Newsweek en la edición coincidente con la celebración del cónclave de las Azores, destacan estos temas que se mantiene latentes en las conciencias de una minoría: ¿por qué corre Aznar tan alto riesgo político al contrastar su acción con las protestas internas? ¿La decisión de apoyar a Bush responde a querer jugar en “la primera división” mundial, como ha dicho el propio mandatario español de una nación “en ascenso”? ¿Por qué su actitud ante el terrorismo es diferente a la Francia y Alemania?²

Por otra parte, la minoría con poder de decisión, y desde un ángulo realista, se debe estar haciendo una serie de preguntas similares acerca de la cristalina actitud de Madrid. Sin embargo, los más escépticos inquietan acerca de qué objetivos adicionales pretende lograr el presidente español José María Aznar con su apoyo, rotundamente incondicional. ¿Es la ayuda norteamericana para terminar con el terrorismo vasco lo que ha impelido a Aznar, quien ha dicho que no quiere vivir “de rodillas” ante la amenaza terrorista generalizada? ¿Cuál es el peso de la experiencia personal del presidente español al escapar milagrosamente ileso del atentado de ETA? ¿Cómo ha llegado a ser solamente superado en su entusiasmo por Blair, y lidera a parte de la “nueva Europa” en el apoyo a Bush? ¿Cómo incluso supera a Italia, país que por otra parte goza de una buena imagen en los Estados Unidos? Los más inquisidoramente osados pueden incluso preguntarse: ¿Podrá España suplantar a Francia en la atención de los norteamericanos, en el caso (poco probable) de que la aparentemente mala imagen gala se torne en permanente?

Lo más significativo de esta insólita situación está ya presente en los previos análisis de los especialistas norteamericanos precavidos. Estos, aunque son reducidos en número, han estado a la cabeza de la élite académica sobre la actualidad española y su papel en el mundo. Recuerdan, por ejemplo, fácilmente que el nuevo protagonismo de España se trata simplemente de la culminación de un imparable rumbo tomado por la política exterior española desde casi los primeros momentos de la transición (pero especialmente durante los gobiernos del PSOE entre 1982 y 1996), aunque no necesariamente en su variante atlantista y pro norteamericana sin tapujos.

Algunos observadores supieron en su momento preciso capturar la esencia de la nueva acción exterior de la “nueva” España, para usar una etiqueta similar a la acuñada por Rumsfeld. Se había pasado “del aislamiento a la influencia”, rezaba el título tercero de un estudio todavía clásico de Kenneth Maxwell y Steven Spiegel.³ Esta nueva inserción de España se había logrado gracias a un consenso forjado entre el PSOE y el PP. Esta alianza había sido ampliamente apreciada en Europa y en las Américas, y había dado considerables réditos tanto a los Estados Unidos como a los nuevos socios de España en la CE, mientras en América Latina se buscaba el papel mediador y la influencia de Madrid en los planes de pacificación de Centroamérica y en los programas de desarrollo subvencionados por la UE. Mientras tanto, distinguidas personalidades españolas llegaban a puestos de responsabilidad en las organizaciones internacionales. Fue, verdaderamente un salto espectacular. Pero fuera de los círculos bien informados, este hecho había pasado desapercibido. El nuevo giro de la política exterior española puede correr similar suerte.

² “The last word: José María Aznar. Explaining ‘Old Europe’ ” March 17, 2003;

<http://www.msnbc.com/news/882700.asp?cp1=1#BODY>

³ *The New Spain: From Isolation to Influence*. NY: Council of Foreign relations, 1994.

III. Regreso al pasado

De un casi total congelamiento en las primeras décadas del franquismo, luego de su inserción en la estrategia nuclear de Washington en plena Guerra Fría, España llegó curiosamente al alba de la democracia en un curioso y espléndido estado de una mezcla aparente de neutralidad y alianza, pero sin apenas voz ni voto en los foros internacionales (sobre todo europeos) que por entonces eran ya cruciales, y que se convertirían en medulares para la nueva estrategia española en la época democrática. La alianza militar con los Estados Unidos supuso la garantía para la supervivencia del franquismo, pero no le dio un lugar en el mundo tenso y confuso de los 70.

Los observadores académicos norteamericanos ya notaron en su momento que España estaba en *offside* en 1975 a la muerte de Franco. Es cierto, por otra parte, que era una pieza clave en la estrategia atlántica. Había proporcionado a Washington todo el territorio nacional como un inmenso portaviones con perfecta climatología, y zona de refugio a aguante ante el entonces plausible envite soviético contra Europa Occidental. A riesgo de ser un objetivo favorito de los misiles del Pacto de Varsovia, no contaba ni siquiera con un asiento en la OTAN, como impresentables dictaduras como la portuguesa, la griega a ratos, o los militares turcos que siempre estuvieron al timón.

Como lastre por no ser una democracia, España no había podido ingresar en la Comunidad Europea. Incluso tuvo que soportar el insulto de ver cómo el Portugal de Salazar era socio fundador de la OTAN. Turquía y Grecia, dominados por la influencia militar, eran también parte de la Alianza. Tras el fin del franquismo, como alternativa a la larga década de aprendizaje para el ingreso en la CE, el gobierno de Adolfo Suárez colocó temporalmente a España en el insólito grupo de los no alineados, lo cual levantó más de una ceja en Washington y capitales europeas. Lo cierto es que en esa *splendid isolation* (para decirlo a la británica) nada resultaba más dramático ver que en la apertura de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, que incluía a todos los países desde Siberia hasta Alaska (dando la vuelta completa al casquete norteño del planeta), los estados quedaban encuadrados en bloques representativos: los de la OTAN, la CE, la Unión Europea Occidental, etc. Solamente España... y el Vaticano no pertenecían a bloque alguno.

Otra corrección de esta curiosa situación fue proporcionada por una variante democrática de la llamada “política exterior de sustitución”, ejercida por Franco. España no podía ejercer protagonismo alguno en Europa con la excepción de ser agente de los americanos en la estrategia militar. No tenía margen ni medios en zonas complejas de África y Asia. Como alternativa, el franquismo había apostado por el acercamiento hacia América Latina (con la excepción de México, que se mantuvo fiel al exilio republicano), sobre todo con los regímenes conservadores, y hacia las monarquías del Cercano Oriente. En un caso y en otro se justificaba por los lazos históricos y por la pretendida hermandad con el legado árabe de ocho siglos.

En realidad, la élite académica de los Estados Unidos (al igual que observadores europeos) captó con corrección que con la política hacia América Latina España pretendía cooptar a las élites conservadoras con becas baratas y vender productos que no eran competitivos en Europa o los Estados Unidos. Esta táctica, en rigor fue continuada en la democracia con la dudosa eficacia del papel de la política basada en la teoría del “puente” tendido por España, entre Europa y América. Si la primera táctica era vista con buenos ojos por los sectores conservadores de los Estados Unidos, la segunda levantó ciertas reticencias en los centros de poder por lo que tenía de riesgo para el “patio trasero” de Washington, y generó reservas escépticas en los analistas académicos. España podía estar viviendo por encima de sus capacidades, simplemente extendiendo sus agotado agotados recursos solamente existentes en la nostalgia del imperio de ultramar.

En el Levante, el objetivo era garantizarse el suministro de los combustibles. De ahí que se pospusiera el reconocimiento de Israel, lo cual atrajo las iras de los sectores sionistas de los Estados Unidos. El resultado de estos esfuerzos fue paradójicamente que con la crisis energética de los 70, los consumidores españoles tuvieron que pagar los precios más altos de la galaxia. Hay que entender, por otra parte, que la atención de los gobiernos de la UCD se tuvieron que centrar en el frente interior que presentaba numerosos obstáculos como podía comprobarse por la amenaza del terrorismo de ETA y las reticencias de los militares para ajustarse al nuevo esquema.

IV. El salto hacia adelante

Tuvo que ser gracias al fallido golpe de estado de Tejero en 1981 para que el gobierno de Calvo Sotelo hiciera entrar a España en la OTAN. Se hizo en parte para “vacunar” a los militares, bajo las protestas del Partido Socialista liderado por Felipe González. Del eslogan de “OTAN, de entrada no”, se pasó en pocos años a hacer campaña para la permanencia en la misma. Además, a renglón seguido se produciría el golpe de efecto más importante para la nueva imagen de España en el contexto mundial con el nombramiento del mismo Solana como Secretario General de la alianza, y, para remachar este nuevo perfil, luego era nombrado como primer Alto Representante de la Política Exterior y de Seguridad Común de la UE. Eran también los años en que tras el ingreso de España en la Comunidad Europea se incrementaron los lazos entre Europa y América Latina, y se impulsó el desarrollo de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, luego reducidas a las periódicas cumbres. Más perceptible para la opinión pública norteamericana resultó el espectacular aumento de las inversiones españolas en América Latina, etiquetadas como la nueva “Reconquista”.

Por otra parte, solamente los observadores más preavidos podían detectar que, anteriormente Marcelino Oreja había sido Secretario General del Consejo de Europa, y que Federico Mayor Zaragoza llevaba las riendas de la UNESCO. Los más informados podrían saber que el jurista español Gil Carlos Rodríguez Iglesias era elegido Presidente del Tribunal de Justicia de la EU. Pero para la opinión pública en general estos hechos pasaban desapercibidos. Los aficionados a los deportes repararían en la presencia de Juan Antonio Samaranch a las riendas del COI, pero no le daban una importancia política de estado. Era, de todas maneras la época dorada de la nueva imagen de España en el mundo gracias a la celebración de un acontecimiento, los Juegos Olímpicos de Barcelona, que no era en rigor parte de la conmemoración del Quinto Centenario.

Al mismo tiempo, los paracaidistas y blindados españoles quedaban encuadrados en el Eurocorps, el embrión de un futuro ejército europeo y el 14 de julio de 1994 desfilaban por los Campos Elíseos en conmemoración del medio siglo de la liberación de París. Los soldados españoles participaban en la pacificación de la antigua Yugoslavia y todavía están de servicio en Afganistán.

Pero, curiosamente, cuando los militares españoles recuperaron la isla de Perejil, la Unión Europea dominada por Francia envió desdeñosas señas, y Madrid tuvo que pedir la ayuda mediadora de Powell para garantizar un acuerdo con Marruecos. Cuando unos marines españoles se jugaron la vida para interceptar un mercante con misiles norcoreanos destinados al Yemen, Washington obligó a devolverlos, para escándalo del Ministerio de Defensa y la sorda rabieta de no pocos militares. Ni uno ni otro incidentes levantaron la menor señal de la atención en la opinión pública norteamericana, aparte de los escuetos cables de prensa.

No se descarta que precisamente esta falta de atención y consideración estén presentes en la decidida actitud del presidente Aznar para posicionar a España en un lugar de mayor realce.

V. Lo que es noticia

En medio de todo este confuso escenario en vísperas de la guerra contra Irak, la opinión pública norteamericana descubrió de repente que España era miembro no permanente del Consejo de Seguridad, y podía tener en sus manos parte de la clave de votaciones, pero con el mismo poder matemático que los demás países africanos, latinoamericanos o asiáticos. Si en una época “normal” la actuación española en el Consejo de Seguridad hubiera pasado desapercibida, en plena crisis se convirtió en foco de atención. El presidente Aznar se constituyó en líder del respaldo europeo a Bush, mientras la UE quedó dividida y la OTAN en estado precario. Con el comienzo de las hostilidades, sin embargo, el breve protagonismo de España desapareció, y la carencia de referencias a su papel se agudizó todavía más al comprobarse la ausencia de medios militares puestos al servicio de la causa que se había respaldado.

Como se alude arriba, mientras los comentaristas han evitado entrar en el tema, los especialistas se deben ya estar preguntando si España no puede ser diferente a otros estados en lo que atañe al interés nacional. La incertidumbre y la legalidad de la seria medida tomada por los Estados Unidos hacen que muchos se pregunten cuál es o será el rédito para España, tanto si la operación de Irak tiene éxito, como se enfrenta dificultades. Más que las hondas teorías de las relaciones internacionales, todo puede quedar explicado, aparte de las razones éticas y de convicciones personales, por el pragmatismo de los observadores norteamericanos, quienes se van a mostrar extremadamente escépticos a la hora de predecir los beneficios para el gobierno español y España en general. Existen, por otra parte, algunas avenidas adicionales.

VI. Francia y su vacío

En caso de una evolución y un desenlace positivos del conflicto iraquí, ¿puede España ocupar en algún momento el vacío de la atención tradicionalmente gozada por Francia en los Estados Unidos? Por de pronto, la temporal mala imagen de Francia en ciertos sectores puede quedar reducida a un mal pasajero, simplemente al nivel de los chistes tradicionales que en nada dañan los intereses económicos de los franceses en los Estados Unidos. Pero, de cualquier forma, los favores recibidos por los productos franceses en la sociedad norteamericana no pueden quedar sustituidos de la noche a la mañana por las ofertas españolas, ni en el terreno comercial, ni en el apoyo estratégico. Por extensión, resulta muy prematuro especular acerca de la porción de la atención norteamericana que puede recibir España en esa “nueva” Europa identificada por el liderazgo de Washington. La opinión pública popular camina con una lentitud mucho más notable que la generada por la élite. De momento, los sectores norteamericanos que se muestran irritados con la actitud de Francia parecen estar más interesados en diseñar algunos procedimientos de escarmentar a los intereses franceses que identificar posibles recompensas por el apoyo de Aznar.

VII. España y los hispanos

Finalmente, la potencial identificación con la contribución española en la crisis y los intereses españoles por parte de los sectores hispanos de los Estados Unidos presenta unas notables incógnitas que son innatas de la propia naturaleza fraccionada y contradictoria de ese sector. En primer lugar, las preocupaciones de los hispanos se anclan en los problemas sociales y económicos, por lo que la crisis se identifica con repercusiones migratorias y de recortes internos de los derechos civiles.

Curiosamente, la percepción de la actitud hispana hacia construida por los diversos gobiernos españoles desde la transición ha estado lastrada de un error de identificación al confundir el origen histórico remoto con las necesidades presentes y futuras de los nuevos residentes o

ciudadanos en los Estados Unidos. Creer que los recién llegados, impelidos por el hambre y la falta de oportunidades se adherirían a tesis de activismo progresista era tan erróneo como especular ahora que esos mismos sectores sabrán, por un vago impulso patriótico (a raíz de los atentados del 11 de Septiembre), captar con agrado el respaldo del gobierno español a Washington.

Aunque los resquemores anticolonialistas de algunos sectores hispanos ante España no tienen una importancia notable, las reminiscencias familiares, la simpatía superficial o la indiferencia generalizada no sufrirán un cambio perceptible por la acción de Madrid en la crisis. Solamente en unos sectores selectos del exilio cubano se podrían percibir en su momento unos réditos del respaldo del gobierno español a Bush, sobretodo si la operación en Irak se interpreta como un preludio de otras en el continente latinoamericano, muy especialmente la encarada hacia Cuba.

Conclusión

Resulta, por lo tanto, extremadamente prematuro predecir acerca de un posible cambio notable de la imagen de España en los Estados Unidos, a causa del respaldo del gobierno español a la estrategia de Washington. Todo depende, al igual que el propio curso de la guerra, de cómo se desarrolle los acontecimientos.

En caso de un desenlace que sea lo más “limpio” posible, y con un número de bajas aceptable, además de la imposición de una estructura política controlada en toda la zona del Oriente Medio, con la opinión pública norteamericana calmada y satisfecha, el gobierno norteamericano puede tomar la iniciativa de recompensar a los aliados fieles con una atención mayor que la dispensada hasta la fecha. Esta estrategia puede tener unos efectos de “derrame” hacia la opinión pública, pero todo estará sujeto a una lentitud comprensible.

Un escenario preñado de complicaciones bélicas y económicas abriría el escenario a todo tipo de repercusiones, entre las que lo más positivo para los intereses de España puede resultar el mantenimiento de una ausencia de imagen. Más complicado, según sea el desarrollo del conflicto, resultará el análisis de los especialistas que, a grandes rasgos, continuarán desarrollando los temas abiertos por los estudios clásicos, que todavía son punto de referencia.

El tema central de los análisis sopesados que pueden generarse en las siguientes semanas o meses será, por lo tanto, una ampliación del mismo que se ha estado forjando desde la transición de la dictadura a la democracia. España habría pasado de estar aquejada de aislamiento a disponer de una cierta influencia en la escena mundial. Las incógnitas residen en qué grado y de qué perfil será ese posible papel incrementado de la presencia española, como premio por el respaldo concedido por el gobierno actual a la estrategia global de los Estados Unidos.